

*tra conciencia.* Si hay una verdad universalmente aceptada hoy por toda psicología, es ésta. Dedúzcase de ella que en nuestra conciencia hay dos campos: la conciencia del mundo, «conciencia general», y la conciencia de nuestra individualidad, «conciencia de sí». Pero ¿cómo tenemos conciencia de nosotros mismos, sino *en relación al mundo?* ¿cómo, conciencia del mundo, sino *en relación á nosotros mismos?* Si nuestro Yo viniera aislado en el vacío absoluto, no tendríamos conciencia de nuestra existencia, porque nos faltaría un *término de comparación ó relación*; si elimináramos la sombra y todo fuera luz, no tendríamos conciencia de la luz por falta de ese término de comparación, de un fondo negro que haga resaltar las vibraciones de la luz. Este fondo relativamente al cual tenemos conciencia de nosotros mismos, es la conciencia del mundo. Luego, la conciencia del mundo no es más que, por contraposición, la conciencia de nosotros mismos. No existen, pues, *dos conciencias*, una general y otra individual; existe una *sola conciencia individual*, una sola conciencia del Yo, que se hace sentir por las representaciones que tomamos del mundo exterior como términos de comparación ó puntos de apoyo. Y esta conciencia es la *conciencia voluntad* que dejo descrita.

## CAPÍTULO VII

### Doctrina de la subconciencia-subvoluntad.

Desde el Renacimiento existe, puede decirse, más ó menos vaga, una «filosofía de la inconciencia» (*Philosophie des Unwebusztsein*), que ha contado, singularmente en Alemania, numerosos adeptos entre los más profundos pensadores. Dos fases ha asumido: la metafísica, que comprende á Descartes, Spinoza, Locke, Leibniz, Kant, Hegel, Carus, Wolff, Hartmann, Volkelt, Maine de Biran, Schopenhauer: y la psico-fisiológica, que se inicia con los materialistas coetáneos de Berkeley, y abarca luego á Colsonet, Laycock, Carpenter, Cobbe, Lewes, Thompson, Baldwin, etc. Las características de la primera fase son la admisión de las *idae innatae*, de Descartes, y la tendencia á construir deductivamente sistemas universales; las de la segunda, la argumentación inductiva y una cierta tendencia á asimilar las funciones fisiológicas vegetativas con las psíquicas, algunas de cuyas formas califica de «actos de cerebración inconsciente».

Para un observador que no aguce expreso su ingenio, el *hecho* de la subconciencia-subvolun-

tad debe pasarle inadvertido y su exposición debe tomarle de sorpresa. La mayor parte de los hombres creen que tienen conciencia de *toda* su actividad psíquica; menosprecian ó ignoran las operaciones sensitivas é intelectuales que se elaboran silenciosa y, por decirlo así, subrepticamente, en su psiquis; creen que el «alma» no tiene más «facultades» ni ejerce más actos que aquellos de que les da testimonio su conciencia; que su voluntad improvisa... El orgullo no les deja ver que su mente posee una obscura y ancha y activa y poderosa trastienda, donde las percepciones, las sensaciones y las imágenes viven en un continuo movimiento, desconocido como el trabajo subterráneo de los gnomos de las leyendas germánicas...

Los psicólogos modernos sostienen frecuentemente que «todo lo que es psicológico es consciente»; luego «una psicología de lo inconsciente es un absurdo»... Sin embargo, esos mismos psicólogos estudian «estados de conciencia oscuros», «percepciones oscuras», estados emocionales que existen y *no* han traspuesto aún el «umbral de la conciencia», etc.... Y suelen llamar también, á *todo lo que no es consciente*, «inconsciente». Pues bien; es indiscutible que hay una serie de fenómenos psíquicos que no son absolutamente conscientes: ¿son siempre inconscientes? Un detenido estudio psico-fisiológico demuestra

que en muchos casos son *relativamente* conscientes, *relativamente* inconscientes... Estos son los fenómenos que llamo subconscientes-subvoluntarios. Por ejemplo, el paso de la secreción úrea del riñón á la vejiga es un acto absolutamente inconsciente, luego no es psíquico (aunque tenga sus atingencias psicológicas); y la emoción que produce la contemplación del color rojo en un hombre normal, emoción que escapa á su conciencia pero que aumenta su pulso cerebral, el un acto aparentemente inconsciente, es decir, *subconsciente y, por tanto, psicológico*. Luego, todo lo que es psicológico es consciente ó *subconsciente*; sólo lo *absolutamente* inconsciente escapa, á lo menos en apariencia, á la observación psicológica.

Es teoría hoy corriente considerar á la conciencia como un todo completo y absoluto que tiene su principio y su fin en sí mismo y que comprende el conjunto del espíritu humano. Sostengo que la conciencia es un *todo graduado*, que se extiende en varias zonas, desde la inconciencia plena hasta la conciencia neta; las entidades psíquicas nacen de lo cuasi-inconsciente y se desarrollan hasta la conciencia-voluntad; nada se improvisa, pues, en la conciencia-voluntad. La conciencia, en junto, es como un gran plano ligeramente inclinado, cuya línea más alta es lo

inconsciente-involuntario y cuya última línea es la conciencia-voluntad; cualquier cosa que caiga sobre la parte alta tiende á deslizarse, por la inclinación del plano, hacia su última línea. El conjunto de la conciencia podría también compararse al consultorio médico de un gran especialista: las antesalas son las zonas de la subconciencia donde las ideas se acumulan en la penumbra, pasan sus tarjetas, se sientan, se arreglan, conversan, deliberan, meditan, esperando siempre que les llegue su turno para entrar á la audiencia una por una; todas no pueden entrar de golpe á ese «campo de la atención», porque no caben; muchas no son recibidas y quedan inútilmente esperando, ó se van...

La amalgama de la subvoluntad con la subconciencia, como si fueran las dos fases de *un mismo y único* fenómeno, se funda en los argumentos que he empleado en el capítulo anterior para demostrar la *unidad psíquica* de la conciencia y la voluntad, que los psicólogos separan artificialmente.

Las expresiones *perceptio* (una percepción que aún no ha pasado á la conciencia) y *aperceptio* (cuando ya ha pasado), de Leibniz, y «umbral de la conciencia» (*Schwelle der Bewusstseins*) y «desfiladero de la conciencia» (*Enge des Bewusstseins*), de Herbart, son luminosos antecedentes de la escuela intelectualista para la doctrina de la

subconciencia-subvoluntad. Ya veremos los de la escuela fisiológica. Podría decirse que la doctrina de la subconciencia-subvoluntad, que es una fase de la que ha llamado *instintista*, es un campo neutral de maniobras pacíficas para intelectualistas y fisiologistas; posiblemente será allí donde, en la ciencia del futuro, se refundan las verdades conquistadas, para la psicología, por todas las escuelas filosóficas *hoy* aparentemente antagónicas.

La doctrina de la subconciencia-subvoluntad tiene sus bases científicas que se podrían clasificar en:

1.º, biológicas; 2.º, fisiológicas; 3.º, psicológicas; 4.º, patológicas; 5.º, sociológicas; y el *hecho* de la existencia de esa subconciencia-subvoluntad es susceptible de ser comprobado por innumerables observaciones...

Veremos primero esas bases científicas, y luego esas observaciones.

1.º *Bases biológicas*.—El principio del antropomorfismo y de la selección de las especies, tal cual lo expuso Darwin, ha dejado algunos claros que sus sucesores se han ocupado de llenar. Llena uno de esos claros la hipótesis, esbozada por Hering y adoptada por Haeckel, de la «memoria considerada como una función general de la materia organizada». Dice Hering que «á la me-

moria debemos casi todo lo que somos y lo que tenemos». «Estamos convencidos, agrega Haekel, de que sin la hipótesis de una memoria inconsciente de la materia viva, las más importantes funciones son en suma inexplicables. La capacidad de tener ideas y de formar conceptos, el poder del pensamiento y de la conciencia, del ejercicio y del hábito, de la nutrición y de la reproducción, descansan sobre la función de la memoria inconsciente, cuya actividad tiene un valor infinitamente mayor que el de la memoria consciente»... «No es como una función general de toda materia organizada, sino como una función de la materia realmente viva, del plasson, como debemos considerar la memoria. Todos los productos del plasson, todas las partes organizadas del organismo, formadas por el protoplasma y por el núcleo, pero no activas por sí mismas, carecen de memoria, lo mismo que todas las substancias inorgánicas. En rigor, y conforme á nuestra teoría de los plástidos, sólo el grupo de las substancias plástidas está dotado de memoria: únicamente las plastídulas están dotadas del poder de reproducción, y esta memoria inconsciente de las plastídulas determina su movimiento molecular característico» (1).

(1) E. Haekel, *Ensayos de psicología celular*, etc., capítulo IV.

2.º *Bases fisiológicas.*—Cualquier teoría general sobre la herencia psico-fisiológica nos presenta un campo científico para la doctrina de la subconciencia-subvoluntad. Establecido el principio de que «la naturaleza no da saltos», de él se derivan dos axiomas fundamentales: para la evolución filogenética, el de «la selección de las especies»; para la ontogénica, que «la función hace el órgano». Está demostrado que, á través de la escala zoológica, funciones y órganos que en su origen fueron capitales, se relegan, por superfluos, por haberse adquirido una forma más elevada que la ancestral, á una categoría de semi-atrofia.

No es posible, en el animal y en la especie, suprimir *ipso facto* funciones y órganos, por no ser ya de utilidad presente, por haber sido substituidos en el presente por otras funciones y otros órganos más perfectos. Desde el primer día en que el hombre empezó á usar de sus manos en forma de caja sonora para oír mejor los ruidos debilitados por la distancia, no pudieron desaparecer los músculos que movían antes, al mismo efecto, sus orejas, cuyos músculos fueron poco á poco atrofiándose por el desuso; pero no han desaparecido, á punto de que aún, por atavismo, algunos hombres pueden mover sus orejas como los antropoides... Otras veces, desaparecida una función en su antigua forma á través de

la especie, el órgano que queda vacante, por decirlo así, se emplea para nuevas funciones, siendo ésta la regla más general en la evolución del sistema nervioso; opérase algo como una sustitución de funciones psico-físicas. Así, el rinencéfalo, que es el órgano cerebral desarrolladísimo del olfato en los marsupiales, mamíferos inferiores é indefensos cuyas principales funciones psíquicas son olfativas, va transformándose cuanto más se sube en la escala zoológica; y en el hombre, cuyo olfato es débil y muy accesorio en la vida psíquica, ese antiguo rinencéfalo ancestral viene á formar parte del órgano del lenguaje, como que el lenguaje viene á sustituirle ¡y tan ventajosamente! con el cambio intelectual de ideas, todas las remotas apreciaciones de origen olfativo...

Establecida la existencia de zonas ó regiones en la conciencia, que desde la inconciencia absoluta llegan hasta la absoluta conciencia del Yo, no es aceptable que los fenómenos psíquicos conscientes, por la atrofia del desuso, al ser substituídos ó relevados, pasen á través de la especie, de súbito, de un salto, de un extremo á otro, de la conciencia plena á la plena inconciencia. No es científico suponer que un fenómeno consciente, al relegarse en la selección á la categoría de *epifenómeno*, salte sin transición de la conciencia á la inconciencia, cuando existe una región *intermediaria*, la subconciencia, ó subconciencia-sub-

voluntad... Este argumento ha sido ya memorablemente señalado por Lewes: «Si la conciencia, tal como se halla constituida actualmente en el hombre, va acompañada de un sistema nervioso que pasó en la especie á través de una larga evolución durante la cual algunos órganos del sistema nervioso humano, que no tienen ahora actividad conscientes, fueron antes órganos más importantes y asiento de procesos psíquicos, es admisible que la conciencia está limitada en el hombre á las partes más complejas del sistema cerebroespinal; pero es más probable que también posean los centros inferiores una conciencia propia, una subconciencia, de la cual no nos damos cuenta. Sería en tal caso el cerebro el «general en jefe» que manda en toda la jerarquía de conciencias, que le son subordinadas» (1).

Pueden hacerse á la teoría de Lewes dos objeciones serias:

1.<sup>a</sup> Que de los testimonios de la fisiología y de la psicología (observación interna), emerge que la *subconciencia-subvoluntad* avanzando el término, es *cuantitativamente indivisible*, aunque presente una graduación paulatina de menor á mayor intensidad *cuantitativa*.

2.<sup>a</sup> Que así como admite que las *viejas* funciones de la conciencia que se atrofian pasan á la

(1) Véase *Problems of life and mind*, 3.<sup>a</sup> serie.

subconciencia, podría admitirse que las *nuevas* funciones psíquicas que se adquieren en la selección, antes de llegar á la conciencia se inician en la subconciencia...

Pienso, pues, que la teoría de la herencia psicológica podría formularse de una manera más amplia... Propondría, al efecto, esta ley doble y recíproca en la evolución de las especies: *antiguas funciones psicofísicas, antes conscientes, y que se van gradualmente atrofiando, pasan á la subconciencia antes de perderse en la inconciencia, y, á la inversa, nuevas funciones que se van paulatinamente adquiriendo, inicianse en la subconciencia antes de ingresar á la conciencia.*

3.<sup>a</sup> *Bases psicológicas.*—Las bases psicológicas de la doctrina de la subconciencia-subvoluntad son: a) lo que llamaré el *postulado del nexa psico-físico*; b) los hechos de que informa la llamada «filosofía de la inconciencia».

A.—Todo induce á postular que *en el acto reflejo más simple se produce anexamente un correspondiente movimiento psíquico, consciente ó subconsciente.* Es decir, que el acto reflejo es sólo mecánico, físico, en apariencia, y en realidad, mecánico y psíquico, fisiológico y psicológico, ó sea, psico-físico; si se ha descuidado hasta ahora el nexa psíquico, es porque el sujeto no tiene una conciencia plena (*ein reines Bewusstsein*) de

él, sino una conciencia relativa, ó subconciencia.

En efecto, los fisiólogos definen al acto reflejo como un «automatismo nervioso», como un movimiento *exclusivamente* mecánico del sistema nervioso...

Se ha demostrado que *á todo acto psíquico corresponde un movimiento nervioso.* Volviendo la oración por pasiva, *¿no corresponderá un movimiento psíquico á todo acto nervioso?* Se admite el *nexo psico-físico* en todo acto psíquico: ¿no debería admitirse también en *todo* acto nervioso?

Wundt, discutiendo las hipótesis del idealismo y el materialismo, observa, refiriéndose á las plantas, que el hecho de que no se haya podido descubrir en ellas un psiquismo incipiente no debe inducirnos á negar *a priori* la existencia posible de ese psiquismo. Esta anotación puede aplicarse, con mejor razón, á los movimientos reflejos inferiores del sistema nervioso animal. El hecho de que hasta ahora no se haya podido descubrir en ellos *su nexa psíquico*, no debe inducir á nadie á negar su existencia posible, hasta probable. Hæckel ha llegado á afirmar la existencia de un psiquismo rudimentario en los movimientos reflejos de la amibia; Fechner, en muchas manifestaciones de la vida vegetal.

El error del vulgo consiste en creer que todo fenómeno psicológico debe ser consciente; á la inversa, parece que, de los fenómenos psi-

quicos una mínima parte es la perfectamente consciente...

Si se llegase á demostrar que *al acto reflejo más simple corresponde un movimiento psíquico*, subconsciente ó inconscientemente, la filosofía evolucionista materialista monista spenceriana quedaría destruída en su base, y pasaría á la categoría de una mera hipótesis metafísica desechada en el progreso de las ciencias. Esto es lo que será mañana, probablemente, esa doctrina... En efecto, ella enseña que todo fenómeno psíquico es producido por una transformación progresiva, que va de lo homogéneo hacia lo heterogéneo, de fuerzas mecánicas. Su primer fundamento es el siguiente: el acto reflejo es puramente mecánico; el acto reflejo es el principio de todo psiquismo; todo fenómeno psíquico es una transformación de actos reflejos de más en más complicados... Luego, si el acto reflejo es puramente mecánico, todo fenómeno psíquico es sólo una transformación de fuerzas mecánicas...

Pero aquí está lo que falta que averiguar y que esa filosofía da por averiguado: si en el acto reflejo no interviene también un elemento psíquico desconocido. Inclínome á creer que existe:

1.º Porque todo nos induce á admitir una *unidad de fenómenos psico-físicos*, y entonces si á todo acto psíquico corresponde un movimiento del sistema nervioso, á todo movimiento del sis-

tema nervioso debe corresponder un acto psíquico;

2.º Porque existe un psiquismo subconsciente, del cual la hiperestesia de los histéricos, por ejemplo, suele dar pruebas luminosas. Ciertos movimientos reflejos que son inconscientes en el hombre normal, se tornan conscientes en algunos histéricos, como el más arriba citado de la *sensación interna* que produce el rojo. Luego esa *sensación interna* más que *inconsciente* es *subconsciente*, puesto que puede traerse con relativa facilidad al campo de la conciencia, en cuyos dinteles espera... No es una *apercepción*, pero es, aunque «obscura», una *percepción*.

Contra este psiquismo incipiente del acto reflejo puede objetarse que, si se produce, ello es un *resultado ó consecuencia* del acto reflejo... Discutir esta cuestión sería salir de nuevo de los dominios de la psico fisiología para entrar en la región de las hipótesis metafísicas; sería discutir la cuestión de *preeminencia* de uno ó de otro de los dos elementos de nexos psico-físico, lo que es impropio del método científico y de la seriedad doctrinal de la psicología moderna.

Argumentos de otro orden podrían hacerse, como sería el que es posible obtener movimientos reflejos en cuerpos sin vida psíquica, en cadáveres. Estos movimientos se obtienen: ó artificialmente, como la experiencia de la rana de

Galvani, haciendo servir sus nervios de conductores eléctricos, en cuyo caso nada prueban; ó espontáneamente, como en ciertos movimientos de mamíferos decapitados, en cuyo caso la objeción es más digna de refutarse... Hay que considerar, en efecto, que la muerte total se supone producida una vez paralizada por completo la circulación, pero que esta muerte de los sistemas vascular y muscular no acarrea una muerte instantánea del sistema nervioso... Por consiguiente, mientras un «cadáver» reacciona por acto reflejo, es porque posee *todavía* alguna vida en su sistema nervioso. Esta es la teoría que me parece más prudente y que en nada contradice, por cierto, lo que llamo el «postulado del nexo psico-físico».

B.—La observación interna ha acumulado innumerables hechos que atestiguan la existencia de operaciones psíquicas, de las cuales no poseemos una perfecta conciencia (*ein reines Bewusstsein*). Estos hechos han originado el cuerpo de doctrina que los psicólogos alemanes han llamado «filosofía de la inconciencia»; los ingleses se han limitado á llamarlos «actos de cerebración inconscientes», dando preferencia al estudio de todo lo que evidencia el fenómeno psíquico inconsciente de la «asociación de ideas». Estos hechos y actos, apartando sus más ó menos fantásticas teorizaciones forman también parte de las *bases psicológicas*, bien conocidas por cierto

de todo psicólogo moderno, de lo que llamo doctrina de la subconciencia subvoluntad.

4.<sup>a</sup> *Bases patológicas*.—Aunque en la «filosofía de la inconciencia» se hallen ciertos fundamentos psicológicos (revelados por la observación interna) de la doctrina de la subconciencia-subvoluntad, nunca podrían aquélla y ésta identificarse, siendo «inconciencia» y «subconciencia» dos conceptos, no sólo diversos sino casi opuestos... Mayores atingencias con la doctrina que expongo, tiene la que hoy enseñan los neuropatólogos de la Salpêtrière sobre los «actos subconscientes del histerismo». En efecto, aunque presuma de cierta novedad en psicología *general* esta doctrina de la subconciencia-subvoluntad, ella no la tendría igualmente en psicopatología, después de las interesantes experiencias sobre la «subconciencia» de los histéricos, realizadas por Charcot y sus discípulos, y las consiguientes teorizaciones (1).

La psicopatología contemporánea, ha llegado

(1) Véanse esas teorizaciones en Pierre Janet: *Etat mental des hystériques, Ses accidents mentaux* (París, 1894); *Les stigmates mentaux* (París, 1892). Este autor, doctorado en letras y en medicina, presenta un valioso conjunto doctrinal, porque, como dice su maestro Charcot en un prefacio al primero de sus libros, «ha podido unir tan completamente como sea posible los estudios médicos á los filosóficos; era necesario reunir estos dos géneros de conocimientos para analizar clínicamente el estado mental del enfermo».